

—La justicia es ciega, y debe marchar á pasos lentos, no es un hombre, es una cosa, inmutable como Dios.

—Flores de retórica, caballero; vamos al caso. ¿Queréis responder, sí ó no, á las preguntas que voy á haceros?

—No.

—Entonces, me precisaréis á formar vuestro proceso como si fuérais mudo. He recibido orden expresa del señor cardenal.

—Obedezco esa orden.

—Cuidado, porque vuestra pretendida inocencia no os pondrá á cubierto de todas las formalidades que se observan con los otros criminales.

—¡Alto ahí, señor! estableced, os lo suplico, alguna diferencia entre los que enviáis todos los días á la horca y un hombre de honor acusado injustamente.

—¿Pero no queréis saber de qué se os acusa?

—Esto no acabaría nunca, dijo Artagnan con altanería; ordenan que se me lleve á mi prisión.

—Sin embargo, es preciso que tenga fin: indicadme uno.

—Hacedme salir inmediatamente.

—Es imposible.

—Entonces que Su Eminencia mismo venga á interrogarme.

Y tras esas palabras Artagnan saludó con gracia. Besmaux le conduxo de nuevo, y le dijo poniéndole en manos del sargento:

—Pensadlo bien, Artagnan, amigo mío.

—¿Es bien sincero lo que me decis, Besmaux?

—Os lo juro.

—Pues bien, probadlo. Id á ver al cardenal.

—Iré, Artagnan, contad con ello.

—Que me envíe á Navailles, y en Navailles diré todo.

Cuando Besmaux entró en su gabinete, M. Tardieu escribía y dictaba al mismo tiempo; después se levantó y seguido de su escribano se dirigió hacia el cuerpo de guardia. El teniente del crimen dijo algunas palabras al oído de Besmaux y éste se apresuró á mandar un oficial.

Pocos instantes después, M. Tardieu, el gobernador y el escribano salían escoltados por un destacamento de diez hombres armados de pesados mosquetes.

Detrás, seguía el hombre que llegó en la mañana con el magistrado, y cuya capa servía para ocultar un objeto voluminoso.

El cortejo entró en la torre de la Libertad; solamente que el hombre de la capa había requerido en el camino á dos ayudantes del carcelero que le seguían con una repugnancia visible.

XXI

Vino la noche, Luis Vijé roía el pan de su comida, cuando con gran sorpresa a suya se abrió la puerta de su calabozo.

Una luz vivísima se esparció en las tinieblas y á la flama de un gruesa antorcha vió entrar á tres personajes de los cuales dos tomaron lugar con gravedad en los asientos que les dispuso el carcelero.

Aquellos tres personajes eran el gobernador, M. Tardieu y el escribano.

La puerta, que quedó abierta un instante, permitió entrever en la sombra los uniformes de los soldados y la fisonomía sombría del hombre de la capa.

Vijé se estremeció involuntariamente á la vista de aquel aparato.

El teniente del crimen cambió algunas palabras en voz baja con el gobernador, quien se retiró en seguida, así como el carcelero, cerrando este último la puerta.

El magistrado comenzó por las preguntas ordinarias hechas á todo acusado, y el poeta respondió de una manera bastante satisfactoria á las preguntas relativas á su nombre, su edad y su nacimiento.

—¿Desde cuándo estáis en París? continuó.

—¿Desde cuándo estoy en la Bastilla? preguntó á su vez Vijé.

—Hace más de un mes, respondió M. Tardieu después de consultar sus notas.

—Entonces. . . . dijo Vijé, pero subsanando la falta que iba á cometer, se detuvo y dijo resueltamente: Entonces estoy en París desde hace cosa de tres meses.

- ¿Qué habéis venido á hacer á París?
- He venido con intencion de seguir la carrera de las bellas letras.
- ¿Tenéis de qué vivir?
- No cuento con un sueldo.
- ¿Entonces como habéis podido vivir esos tres meses?
- Con mis economías.
- Amigo mío, repuso Tardieu frunciendo sus espesas cejas, entráis os lo prevengo, en muy mala vía, porque no decís la verdad . . . y la prueba es que fuisteis en viado á la Bastilla el mismo día de vuestra llegada á París.
- ¡Oh! hizo Vijé desconcertado por un momento, pero entonces, ¿si sabéis todas mis cosas, á qué preguntármelas?
- La justicia necesita de la confesión de los acusados para esclarecer los hechos.
- Bueno. Pongamos que he he llegado á París hace un mes.
- ¿Con qué fin dejastéis vuestro país?
- Ya lo he dicho.
- Es un pretexto el que habéis dado.
- Señor, puesto que representais la justicia, ¿os sería agradable decirme de qué se me acusa?
- A mí solamente me corresponde interrogar, respondió severamente el magistrado.
- Hablad, señor.
- Habéis sido arrastrado á consecuencia de una entrevista que tuvisteis con . . . una persona de la corte. . . era la primera vez que la veiais?
- Si, señor.
- ¿Quién os envió cerca de esa persona?
- Vijé no respondió.
- ¿No habéis oído mi pregunta? Os pregunto el nombre del gentil hombre que os dió una misión cerca de esa persona de la corte?
- Vijé no pestañeó y guardó silencio.
- Vamos, amigo mío, espero vuestra respuesta, dijo sonriendo M. Tardieu.
- Nada tengo que decir acerca de eso.
- ¿Y por qué?

Primero, porque no me parece absolutamente necesario; después, porque ese secreto, admitiendo que sea un secreto, no me pertenece, y me estaría prohibido por las simples leyes de la delicadeza y del honor disponer de una cosa ajena.

—Cuidado, amigo mío, os lo prevengo una vez más: adoptais un mal sistema de defensa. . . Tengo por costumbre no emplear en mis interrogatorios más que los medios de dulzura y persuasión; y me atrevo á decir que en el curso de mi larga carrera judicial no he tenido ocasión de arrepentirme de ello: así, no me obliguéis á salir de esa costumbre preciosa.

—Creed, señor, que sentiría haceros salir de esa vía excelente; pero lo imposible no depende de uno, que yo sepa, y para que no os veais en ese caso tendríais que conformaros con el principio de la averiguación.

—Puesto que decís que este es un principio, por qué no he de tener una continuación?

—Señor, creo que no hay otra cosa más que Dios, que puede vanagloriarse de no tener ni principio ni fin, lo cual está bien expresado en la alegoría por una serpiente mordiéndose la cola.

—No malgastemos el tiempo, amigo mío, y decidme de una vez el nombre de ese gentil hombre en cuestión.

—Una vez, dos veces, cien veces, os repito, señor, que no puedo deciroslo.

—Ah! estáis echando á perder vuestro negocio! . . .

—Ignoro en qué pueda encontrarse mi pobre persona mezclada en los intereses de . . . la persona de que me habéis hablado antes: sus negocios no son los míos.

—Esa persona no está en edad de responder por sí misma de sus acciones, y hay otros que tienen el derecho de informarse.

Eso no me corresponde.

—Cuidado! cuidado! Una vez agotados los medios de dulzura, me veré obligado, aunque con sentimiento. . .

—Y sin embargo, no hablaré.

—No os asusta la idea de acabar vuestra vida en este calabozo?

—Mi vida es poca cosa: mi honor si es mucho.

—¿Qué ganaréis callando?

—¿Qué ganaría hablando?

—Primero, vuestra libertad, después los beneficios de alguno... que os seguirían por todas partes.

—Gracias, no los quiero.

—¿Conque persistes en no decir nada?

—Sí, señor.

—Una vez... dos veces...

—Os he dicho que cien veces, respondió Vijé cruzando los brazos con resolución.

—Entonces, culpád á vos mismo de la desgracia de vuestra existencia.

Y después de decir estas palabras con una sonrisa que procuró hacer bastante amable, el teniente del crimen dió dos palmadas con sus manos.

Inmediatamente se abrió la puerta del calabozo y el hombre de la capa entró con gravedad, seguido de los ayudantes del carcelero, los cuales llevaban un sillón de cuero que pusieron delante de M. Tardieu y donde Vijé se colocó obedeciendo la invitación que le fué dirigida con sorpresa suya por el magistrado.

¿Insistís en guardar silencio? preguntó por última vez M. Tardieu.

—Sí, respondió Vijé mirando con curiosidad al hombre de la capa.

—Entonces maese, dijo M. Tardieu dirigiéndose á aquel hombre siniestro, ensayad un poco vuestros medios.

El desconocido puso sobre el piso un trozo de cañera de encino rodeada de cuerdas. Desenrolló tranquilamente éstas, y las cuatró planchas que formaban aquel bulto se desataron.

Mientras que los dos ayudantes se apoderaban de los brazos de Vijé, y le retentaban apoyado sobre el sillón, el hombre colocó una plancha en cada una de las partes exteriores de sus piernas y las otras dos en sus pantorrillas; después enredó cuidadosamente todo aquel aparato con la cuerda.

El poeta prestó una atención vivísima á aquellos singulares preparativos, y no obstante que ignoraba el objeto que tenían, un sudor frío comenzó á brotar de su pálida frente.

Cuando los dos cabos de la cuerda quedaron atados sólidamente, miró á Tardieu.

—Y bien dijo éste, queréis confesar?

—¿Perdonad, señor, dijo el poeta, tenéis la intención poco caritativa de someterme á un tormento más ó menos extraordinario?

—A vos toca evitarlo?

—Entonces, este señor será el hombre que se designa con el nombre de Señor de Paris, ó más vulgarmente el verdugo?

—No debo ocultaroslo.

—¡Hola! señor juez, estos son vuestros medios de dulzura?

—Sois testigo de que he comenzado empleándolos.

—Diablo! es sensible que os tomeis tanto trabajo, señor verdugo, dijo Vijé dirigiéndose al terrible instrumento de la justicia de nuestros padres, porque todas esas cuerdas y cuñas son inútiles.

—¿Queréis confesar?... preguntó el teniente del crimen con alegría.

—Ahora menos que nunca, caramba! como dice uno de mis amigos.

—Cuál es el nombre del gentil hombre amado por la dama que sabéis?...

—Me cortaréis la cabeza si queréis; pero no lo diré.

—Número uno!... dijo M. Tardieu volviendo los ojos.

El verdugo, que durante el cambio de aquellas palabras se había preparado, introdujo un cono de hierro entre las planchas colocadas en las piernas... dió un golpe vigoroso por encima... y el cono desapareció.

Vijé dió un grito horrible torciéndose bajo la presión de los ayudantes.

De repente y al mismo tiempo, la pared situada enfrente del magistrado pareció romperse y un hombre asomó por el hueco, pálido, tembloroso, soberbio de cólera á indignación.

—¡No vayais adelante, señores, dijo soy yo!

—¡El señor Artagnan! exclamó el teniente del crimen.

—¡Ah! querido amigo, dijo Vijé, era mejor dejarme morir!...

XXII

No faltará, creemos, alguna lectora que se halla interesado por aquella buena madama Pluchet, que alegraba la taberna situada en el centro de la Cité bajo el nombre de la «Botella de oro». Hacía cosa de cuatro meses que su corazón había sufrido una horrible decepción, un desengaño que lastimó los resortes de su alma al palpar el comportamiento de Artagnan con ella, que no creía en su candor ciegamente enamorado. Lo que ella llamaba la «falta de confianza» del caballero, cambió completamente su humor, volviéndolo negro de alegre que era y aquel carácter halagador que el había valido tantos madrigales por parte de sus parroquianos ó de los que pasaban por su puerta, había sufrido de una manera extraordinaria. No era ya la joven vivaracha y alegre que hemos conocido: sus hermosos ojos azules estaban ornados de un círculo obscuro que si bien daba nuevos encantos á su fisonomía, dejaba impresa una huella de dolor que se advertía hasta el cuidado de su tocador.

La noche misma del día en que el teniente del crimen entró en la Bastilla para atormentar de concierto con el señor de Paris al joven Vijé, madama Pluchet había dejado á sus mancabos y á su sirvienta el cuidado de satisfacer á los bebedores, y se retiró á su cámara presa de indefinibles terrores nacidos repentinamente y sin razón en su espíritu, que se había hecho excesivamente impresionable.

Se encontraba, pues, sumergido en la obscuridad, repasando en su memoria las horas tan pronto trascurridas de sus raras felicidades, cuando resonaron en la escalera los pasos precipitados de M. Pluchet. La llegada de su marido no tenía ordinariamente, el poder de impresionarla visiblemente, pero la gravedad habitual del buen hombre era muy sensiblemente alterada para que no le diera en aquella vez alguna atención.

Pocos instantes después, entró Pluchet y se sentó en una silla con la satisfacción de un hombre que parece haber escapado de un peligro; después, pareció escuchar si el ruido que venía de fuera era diferente del ordinario y común de la taberna.

Madama Pluchet oyendo su respiración agitada y el jahl que dejó escapar al sentarse en la silla, juzgó que debía pasar algo extraordinario, referente acaso con la situación particular de su espíritu.

Así es que se levantó, y el Padre Pluchet, que no sabía nada de lo que pasaba en la imaginación de su mujer, se espantó tanto al ver su sombra interpuesta entre él y la ventana débilmente alumbrada por la luna, que dió un grito.

—¿Qué teneis, señor Pluchet?

—¡Ah! sois vos, Estébana..... me habeis dado un miedo.... ¡Chut!.... ¿qué son esos rumores lejanos?

—¿Estáis loco? yo no oigo nada.

—¡Vos creéis..... En ese caso, encended fuego, Estébana.... esta obscuridad me hace temblar de frío!..

—¡En el mes de Julio!..... ¿Pero acaso por qué venis tan tarde? siempre estáis de vuelta de la Bastilla á las ocho.

—¡Ah! hizo Pluchet sin poder ocultar su embarazo, su temblor, he tratado de ciertos intereses con el señor gobernador.

—¿Qué intereses?

—Unas cuentas en litigio, relativas á ciertas provisiones.....

—Pero no es natural, jamás arregláis una cuenta antes de fin de mes.

—Bien sabeis que M. de Besmaux ha estado ausente por haberse roto un brazo.... y la economía del castillo es siempre allí.....

En aquel momento madama Pluchet acababa de encender una luz después de haber torturado sus preciosos dedos con el eslabón porque no quería llamar ni bajar.

—¡Oh! qué pálido estáis, dijo al ver el rostro azorado de su marido.

—Es que he venido corriendo, respondió sin dejar de temblar.

—Pluchet, vos me ocultáis alguna cosa.

—No, dijo el tabernero, recobrando su serenidad y levantándose.

—Tenéis todo el rostro azorado.

—Eso no es nada, ó mejor dicho, es el efecto de un

ahoregado que he visto á mi pesar al pasar por la Greve.
—Y por qué pasáis por allí, bien sabéis que eso no falta nunca.

Madama Pluchet conocía á su marido y no juzgó á propósito estrecharlo más. Resolvió, pues esperar á una siguiente para que le explicara aquel terror.

A otro día Pluchet continuaba del mismo humor; no había recobrado su alegría habitual, y por eso la hermosa Estébana, desdeñando los rodeos y las sorpresas, lo miró entre los dos ojos, y frunciendo sus hermosas cejas rubias dirigiéndole las miradas ardientes que nunca había podido resistir el buen hombre, le dijo:

—Pluchet, ayer me habéis mentido.

—Es verdad, respondió el tabernero con resignación.

—Exijo que me habéis ahora con verdad.

—Consiento en ello, dijo bajando la voz. Sabed, continuó, que ayer al entrar en la Bastilla vi á algún conocido nuestro platicando con M. de Besmaux en el jardín particular del castillo. No había acordado más que una ligera atención á aquello, porque me parecía muy natural, sabiendo la intimidad que media desde hace mucho tiempo entre aquellos señores.

—Quién platicaba con M. de Besmaux? preguntó Estébana con reserva.

—Adivinad.

—Decidlo y será más pronto, respondió madama Pluchet que no se atrevió á pronunciar el nombre que tenía en los labios.

—M. de Artagnan.

—Está ya de vuelta, exclamó ella sintiendo latir su corazón.

—Sin duda. Ahora, una vez terminadas mis ocupaciones y sea dicho de paso, querida, no es todo color de rosa y de provecho con M. de Besmaux, porque ese gentil hombre es muy desconfiado.

—Sí, sí, continuad, continuad.

—Pues bien, iba á dejar el castillo para volver á mi casa, cuando el teniente me suplico esperara un instante al gobernador, diciéndome que tenía que hablar conmigo.

—Y después? preguntó madama Pluchet con impaciencia.

—No puse ninguna objeción á aquello; pero el gobernador estaba muy ocupado no sé en qué; el caso es que estuve esperando su llegada tres horas eternas. En aquella maldita prisión nunca puede estarse con tranquilidad, y menos recordando mis antiguas relaciones con el coadjutor.

—Pero en fin, al hecho.

—Por fin, apateció M. de Besmaux..... Parecía muy preocupado y de mal humor.

—Ah, estáis aquí, maese Pluchet, me dijo, habéis hecho bien en esperar. Quería haceros una recomendación muy urgente. Nunca habéis tenido el deseo de ocupar el lugar de alguno de los prisioneros que alimentáis?

—Ya pensarás, Estébana, el temblor que me ocasionaban aquellas palabras y las protestas que haría de mi adhesión al cardenal y á Su Majestad.

Pues bien, continuó M. de Besmaux, si queréis no ser molestado, á nadie digáis que habéis visto aquí á M. de Artagnan.

—¿Es posible! preguntó con asombro madama Pluchet.

—Qué he dicho, Dios mío! exclamó el tabernero, porque á pesar de que el gobernador no os comprendió en su prevención, debía haberme callado..... A fe mía, tanto peor, esto me consuela y el secreto estará mejor guardado entre nosotros dos.

—Sabéis por qué está Artagnan en la Bastilla?... preguntó madama Pluchet, que en lugar de llorar reflexionaba profundamente.

—Querida mía, creéis que M. de Besmaux me haga esta confidencia?

—Ha visto á su criado, hará tres días y no sabía que estaba en Paris... acaso esté en el secreto... desde hace mucho tiempo.

—Piensa, Estébana, que M. de Besmaux me ha recomendado el silencio, y que la más ligera indiscreción podría ser fatal á vuestro esposo.

—Pero ese pobre señor Artagnan qué ha podido hacer para eso; él que estaba tan bien con el cardenal.

—Estébana M. de Artagnan es de la corte, y por consecuencia se encuentra mezclado en muchos negocios

en los cuales no están iniciados los nequeños como nosotros. Por lo mismo opino que no debemos ocuparnos de eso.

—Eso es bien fácil para vos que no recordáis los beneficios que se os hacen. Porque en fin, si ganáis alguna cosa como veinte mil libras al año en la Bastilla, es debido á la recomendación de ese buen señor de Artagnan.

—Es verdad, dijo el buen hombre suspirando.

—Y sería la mayor ingratitud del mundo no mostrarnos afectos á él, dijo madama Pluchet echándose en los hombros un manto.

—¿Vais á salir? preguntó el tabernero con asombro.

—Y bien, qué?

—Espero que vuestra salida no tendrá ninguna relación con lo que acabo de confiaros.

—Señer Pluchet, cuidad de los negocios de nuestro comercio, y por hoy no os preguntaré más.

—Estébana vais á perderme.

—Es que los Pluchet no entran nunca á la Bastilla, dijo la hermosa joven alzando los hombros y dejando la casa con precipitación.

Pluchet la vió partir y se dijo al bajar la escalera de su cuarto:

—Es hacerle justicia, siempre mi mujer ha tenido para Artagnan una gran simpatía.

En poco tiempo se puso madama Pluchet en la calle de Avois y dió gracias al cielo al oír que Champagne salía á abrirle.

¡Ah, señora, dijo, creía que era el amo.

—Lo esperáis?

—¡Oh, no! pero habeis llamado como él.

—¡Chut! señor Champagne, hay novedades... dijo la tabenera entrando en aquella cámara donde habían lucido como un relámpago sus felicidades de otros días, y en el cual, sin embargo, pensaba no volver á entrar.

—Qué hay?

—Champagne, desde cuándo no habeis visto al caballero?

—¡Oh, hará dos meses.

—Habeis tenido noticias suya durante su larga ausencia?

—Ni una sola vez, si no es cuando he visto á una joven que me envió y á quien no he vuelto á ver más.

—Escuchad, Champagne, es preciso que me ayudéis á salvar á vuestro amo.

—Salvarle, señora, y de qué?

—M. de Artagnan está en la Bastilla.

—¡Ah!..., hizo el digno criado con espanto.

Pero su exclamación tuvo un eco en la habitación. Madama Pluchet fijó nuevamente los ojos en la puercecita que situada á la cabecera del lecho hacia comunicar la cámara con la sala.

Ella se precipitó hacia aquella puerta que no estaba más que emparejada y la abrió.

Una mujer apareció en ella pálida y con los ojos hundidos por el llanto.

—Quién sois, señora, dijo ella.

El caballero está en la Bastilla, habeis dicho, señora... ¡Oh! es preciso salvarlo á cualquier precio exclamó la desconocida con energía.

—Vos le amáis, preguntó madama Pluchet con una expresión de esperanza y de ansiedad, porque esperaba que aquella mujer, que tenía todas las apariencias de una dama de la corte, podía ser un poderoso socorro en aquellas circunstancias.

—No se trata de esto, solamente os juro que daría mi vida por él si fuera necesario.

—Dar la vida no es bastante, se necesita dinero en primer lugar, y después acaso sacrificarle vuestro honor.

—Dinero! he ahí todo el que tengo, respondió la desconocida arrastrando á madama Pluchet al salón. Es bastante esto? añadió abriendo un pequeño cofre donde los diamantes, las perlas y los ducados estaban mezclados en desorden, en lo que se advertía la precipitación de una fuga.

—Con la octava parte de esto es suficiente, dijo Champagne que habia seguido á las dos mujeres á la sala, para comprar un alcaide; con el todo bien podría comprarse dos, tres ó cuatro carceleros; pero para com-

prar á un gobernador de una prisión de Estado, se necesitarían diez tantos más, sin que pudiera responderse del éxito.

—Comprar un alcaide es todo, dijo la desconocida; con su ayuda se escala la muralla sin estorbo, y hecho esto, una escala ó una cuerda anudada hace lo demás.

—Y quién compra al alcaide, preguntó Champagne.

—Yo, respondió madama Pluchet.

—Y yo estaré en la puerta de San Antonio con caballos y dentro de dos días estaremos fuera de Francia, dijo la desconocida con una sonrisa de inefable esperanza.

—Medios dudosos, objetó Champagne. Desde la evasión de M. de Beaufort, para la cual ninguno prestó una ayuda voluntaria, las consignas son más severas, y los centinelas responsables, de manera que se hace con más cuidado el servicio.

—Tenéis acaso un plan? preguntaron las dos mujeres.

—No, señoras, sería necesario deliberar. Ahora, si queréis prestarme vuestra atención llegaremos acaso á organizar algo que sea razonable.

—Hablad.

—Primero, es preciso prevenir la eventualidad de las cosas, dijo el criado pesando sus palabras, y no emitiéndolas sino después de un examen maduro y de una reflexión detenida; hace dos meses que no veo al caballero, pero la señora ha hablado con él hace uno.

—Es verdad, dijo la desconocida.

—Hará ese mismo tiempo que ha venido de Burdeos un joven llamado Vijé.

—Es mi primo, dijo la desconocida, que como se ve no era otra que la señora de Barada.

A ese M. Vijé lo ayudé eficazmente para que pudiera hablar con una gran señora, para lo cual trajo una misión de caballero.

Aquí Gabriela dió un suspiro ahogado y sintió que sus piernas vacilaban; enjugó su frente y sus ojos, y después con una sonrisa dolorosa de abnegación murmuró:

—En seguida! en seguida!

—Después de ese tiempo no he vuelto á verle.

—Y quién era esa mujer? preguntaron á la vez madama Pluchet y Gabriela.

—Oh! una muy grande, muy grande señora, contéstó Champagne con interés; no puedo nombrarla, porque mi amo me lo ha prohibido bajo pena de la vida.

—Qué importa, exclamó Gabriela, si ella puede salvarle.

—Escuchad, señora, no dudaréis lo que deseo ver en libertad á M. de Artagnan, pero sé hasta qué punto el honor de esa dama le es querido, y estoy seguro de que él querrá mejor dejarse hacer pedazos que echar ó dejar echar la menor mancha en ella.

Gabriela y Estébana cambiaron una mirada desesperada y se estrecharon las manos instintivamente. El abandono que las unía hacía nacer para ellas la igualdad en la desgracia.

Ellas no pensaron en considerar en qué singular estimación debía tener Artagnan á aquella desconocida, puesto que su criado hablaba de ella como lo podía hacer tratándose de una reina.

—Qué hacer entonces, dijo madama Pluchet.

—Acaso por ella se encuentre preso. añadió Gabriela.

—Razón de más, en ese caso, dice Champagne para ser excesivamente prudente. ¡Diablo! no había pensado en esto; la cosa sería más grave. Debemos, pues, proceder primero con nuestros propios recursos, y sólo cuando hayan fracasado emplearemos la influencia de esa dama.

—Su nombre? preguntó Gabriela estremeciéndose.

—¡Oh! queréis saberlo muy pronto, mi hermosa señora, dijo el criado.

—Sin embargo, escuchad, replicó la señora de Barada, quien en presencia del peligro encontraba toda la actividad de espíritu que poseía para la política de M. de Conti; siempre es preciso en este mundo ver las cosas por el lado feo; es el medio más seguro para no exponerse á un engaño ó hacer un mal negocio. Vamos, pues, á trabajar la señora y yo, juntos ó separados, según nos parezca más urgente y necesario. Vos, Champagne, nos ayudaréis, queda convenido; pero puede suceder que nuestros esfuerzos se encuentren paraliza-

dos, que uno de nosotros desaparezca, bien porque sea reducido á prisión, bien por muerte; si es esta señora ó soy yo, el mal no es completo; pero si sois vos, Champagne, Artagnan queda condenado á morir en la Bastilla tal vez, porque parece que dudáis confiarnos el nombre de.... su querida.

—Es que no lo es..... respondió el criado.

—Si, tenéis razón; no puede ser su querida, porque si lo amara estaría aquí: acaso esa mujer sea la que le haya hecho aprisionar, sepultando así un secreto que puede considerarse como su deshonra.

—Si fuera... aventuró Estébana estremeciéndose, si fuera la reina.....

—¡Es vieja, respondió Gabriela, y si eso fuera así! Artagnan sería mariscal de Francia... Vamos, Champagne, el hombre de esa mujer; nos es preciso.

—Teneis razón, señora; comprendo perfectamente lo que habeis dicho; podía suceder muy bien lo que pensáis pero...

El día en que nos lo reveleis acaso encontraremos tan solo el cadáver de Artagnan en el calabozo donde languidece á estas horas.

—Es verdad, respondió Champagne, espantando; pues bien, es...

En aquel momento llamaron violentamente á la puerta de la escalera y el digno criado se apresuró á valer-se de aquel pretexto para ganar tiempo antes de veres obligado á divulgar el secreto de su amo; encerró á las dos mujeres en la sala y fué á abrir.

Un escento y dos arqueros se presentaron en el umbral.

—¡Ah! hizo Champagne con indecible terror.

—¿Sois el criado del caballero Artagnan? preguntó el escento.

—Sí... señor..... balbuceó Champagne.

El oficial de policía dejó á sus hombres en el umbral y entró solo á la habitación, seguido de Champagne que comenzaba á perder la cabeza.

—Vais á hacer, mandó el escento, un paquete con todas las cosas necesarias á M. de Artagnan para un largo viaje, y á seguirme con esa maleta.

—Acaso por amistad hacia el caballero, dijo Cham-

pagne recobrando su sangre fría. ¿M. de Besmaux tiene esas complacencias?

—¡Vos sabeis!... exclamó el escento.

—Que M. de Artagnan está en la...

—Silencio, que nadie sepa...

—¡Bueno, pensó el digno criado, si se encuentra aquí con aquellas señoras, quedamos bien!

—Vamos, haced ese paquete, muchacho.

—Inmediatamente, señor, inmediatamente, eso no será largo, porque presumo que no hay que tomar más que ropa blanca y algunos vestidos exteriores, con exclusión de todo traje de montar y de guerra.

Y afectando la más grande diligencia, Champagne descolgó los pespuntes, los calzones y capas forrados escogiendo las camisas más delgadas y colocando toda en una tela. Después se acercó á una mesa donde habia papeles y plumas.

—¿Qué vais á hacer? preguntó el escento que estaba sentado en un sillón.

—A tomar nota de todo ésto, señor.

—A qué fin?

—¡Ah! es que soy un hombre de orden y quedo responsable de todos los efectos del caballero. No querría, por lo mismo, dar lugar á que él ó sus herederos pensarán.....

—Haced lo que queráis, dijo el escento.

Champagne hizo un apunte de todo lo que encerraba el paquete, lo cerró con cuidado y lo colocó sobre la chimenea.

—Sígueme, dijo el escento levantándose cuando la operación quedó concluida.

—¿Cómo! es preciso que vaya yo también á la.....

—¡Chut!

—Pero volveré después?.....

—Sin duda.

—Es que querría mejor prevenirme, señor, porque tomaría mis disposiciones.....

—¿Qué disposiciones queréis tomar?

—Hay aquí.....

—¿Qué hay?..... preguntó el escento con severidad.

—Viveres!..... se apresuró á decir Champagne, y ya comprenderéis que eso hace falta.

—Volveréis y pronto. Conque, vamos! bastante para eso las costumbres de la justicia, descansó en la inteligencia y en la discreción de las dos mujeres que dejaba detrás de sí para que llevara á buen fin la empresa en la cual le estaba prohibido mezclarse por fuerza mayor.

XXIII

Una vez cerrada la puerta exterior, Gabriela miró á madama Pluchet.

—¡Y si no volviera! dijo inclinando tristemente la cabeza.

—Nada podríamos esperar de nosotras mismas.

—El miserable debió habernos revelado el nombre de aquella mujer! dijo Gabriela abriendo la puerta de la sala y entrando en la cámara que recorrió con cólera.

—¿Queréis que os diga señora? preguntó tímidamente Estébana considerándola.

—Hablad.

—Habéis dado miedo á ese muchacho.

—¡Miedo yo!

—¡Oh! no podíais veros, pero os juro que estábais espantada. Si yo fuera todavía amada de . . . él, yo. . . .

—¡Estáis loca! exclamó Gabriela mirándose en un espejo de Venecia colocado arriba del reloj de la chimenea. Probablemente se dió miedo á sí propia, porque retrocedió y cayó en un sillón anegada en lágrimas.

—¡Cuánto sufro! exclamó ocultándose el rostro entre las manos.

—¡Mucho lo amáis! dijo Estébana que participaba de aquella postración.

—¡Si lo amo! murmuró Gabriela, si lo amo. Mi vida no data sino desde el dia que le vi por primera vez. Apenas he tenido tiempo para decirselo. para probárselo. No ha sido más que un relámpago, y mi existencia entera la ha abrasado. Un dia de felicidad borró de mi alma diez años de alegría y satisfacciones que ahora no son más que cenizas y noche profunda. Morir por él no seria nada para mí, quisiera darle hasta la última gota de mi sangre.

La pobre Estébana no se atrevió ni á respirar, oyendo la ceguedad de aquella pasión, ante la cual ella se encontraba pequeña, sin pensar que su amor no era menos grande y que la diferencia de caracteres provocaba, tal vez, únicamente aquella ardiente explosión.

—Sí, moriría si fuera necesario; pero viviendo yo, ninguna mujer será amada por él, añadió Gabriela echando fuego por su mirada.

—¿Qué queréis hacer? preguntó con espanto madama Pluchet.

—No lo sé, tengo la cabeza perdida! contestó Gabriela levantándose atraída hácia la chimenea por el papel que habia puesto allí Champagne.

—¿Qué es esto? dijo desdoblándolo. —¡Ah! es la cuenta de ese imbecil, añadió tirándolo con impaciencia.

Pero Estébana con más calma, y sobre todo, más avisa, tomó el papel y lo leyó con atención.

—Para nosotros ha escrito esto Champagne, señora, dijo: no en vano afecto tanto orden delante deis scontento.

—¿Para nosotras? veamos, pues!

—Tened, ved aquí. este nombre

—¡Martinozzil! leyó madama de Barada.

—Es el nombre de

—La sobrina del cardenal! dijo Gabriela con estupor,

—Es la que ama.

—¡Oh! y es hermosísima!—añadió Gabriela contrariada hasta sus entrañas.—¡Oh, sí, muy hermosísima! . . .

Y se estremeció, retorciéndose las manos con desesperación al recordar los encantos de aquella á quien llamaban la maravilla de los cabellos rubios.

—¿Y le ama ella al menos? ¡Oh! si esto es así. entonces que se quede en la Bastilla, que muera! ganaré la tranquilidad y la salud de mi alma! dijo Gabriela con acento sombrío.

—¿Qué decís, señora, exclamó Estébana, le abandonaréis cuando su vida puede estar amenazada!

—¡Eh! al fin se sale de la Bastilla.

—No saldrá, no; M. de Besmaux lo ha dicho á mi marido. y habéis oído las precauciones del escento! ¡Ah! vos podéis salvarle, estoy segura; podéis acercaros

á la que ama y le salvará, porque debe salvarle....

— ¡No me digáis eso!

— Podéis hablar al cardenal; si me presento yo sería rechazada con desprecio: no soy más que una pobre paisana, en tanto que vos sois una gran señora y entráis en el Louvre.....

— ¡Verlo amado por otra!

— ¿Y por qué no? ¿no es libre? ¿no es hermoso?... ¿Tiene acaso la culpa de que lo amen?... Yo, que os hablo, señora, le dejé tr mi corazón, sin saberlo, un día que pasaba á la cabeza de su compañía... apenas me ha mirado, en tanto que yo.....

— ¿Y ahora?

— Ahora no me ama y me resigno; no espero nada de él; pero mientras yo exista, en tanto que un soplo de vida anime mi ser, estaré á sus órdenes como una criada, á una palabra, á una señal.

Gabriela se anagaba en llanto; lloró mucho tiempo y la buena Estébana, de rodillas delante de ella, besaba sus hermosas manos suplicándola.

— Y bien, si, generosa mujer, dijo por fin Gabriela, saliendo de su anonadamiento; sí, quiero ser digna de vos..... y de él.

— ¡Oh! le salvarémos, estoy segura.

— Es cierto que está detenido en la Bastilla por el cardenal, y que está destinado á morir allí, porque no carece de peligro, y grande, ser amado de una joven considerada como la hija de un rey y de la que se quiere hacer una princesa de la sangre de Francia..... Pero veo un abismo en todo esto..... Hay mucho que reflexionar, y no sé cómo hacer.

Gabriela se recogió por un instante y después añadió:

— Escuchad; hace ocho días que estoy aquí. Vivía en Burdeos y me fugué de la casa de mi marido... Este ha venido á Paris; está muy bien con el cardenal y lo ve á todas horas... No puedo ir al palacio Mazarino sin riesgo de ser detenida, porque mi esposo me hace buscar por todas partes... Si lo encuentro, me impedirá ver á la sobrina del cardenal, porque se apresurará á encerrarme... ¡Oh! no es que él me ame ni que esté celoso; pero es avaro y espera muchos bienes de una sucesión no acabada de liquidar en Italia, de donde

era mi madre... ¡Ah! por más que pienso.... por más que busco, no encuentro nada..... nada.....

— Escribir..... aventuró Estébana.

— Y vos llevaréis la carta; sí, eso es... dijo Gabriela dirigiéndose al escritorio. Pero para que llegue á su destino la leerán antes... la señorita Martinozzi debe estar vigilada de cerca... ¡Ah!

Y Gabriela se dió un golpe en la frente.

— Sí, dijo, esto es por la reina... ¿pero querrá?

— ¿La reina?

— Una mujer que está cerca de ella, madama de Flavimont... Si, eso es....

— Quedaos aquí, yo iré á verla....

— Está todavía en Burdeos. Pero es preciso que permanezcáis aquí, donde podréis saber algo nuevo.

— Por mi marido, es probable.

— Yo iré á Burdeos, no temo nada por ese lado. La ciudad está tranquila ahora, y mi marido se encuentra en Paris por mucho tiempo.

— Para viajar por los caminos una mujer sola....

— Tenéis razón..... Sé lo que me ha costado de tiempo y de vicisitudes el llegar á Paris...

Y sus ojos se dirigieron al gabinete donde Champagne había sacado los vestidos de su amo.

— ¡Qué idea!... dijo Gabriela. ¿Y por qué nó? añadió sonriendo tristemente.

— ¿Qué queréis hacer? preguntó Estébana.

— Ponerme uno de esos vestidos.

— ¡Y pensais!..... exclamó madama Pluchet.

— ¡Oh! no será la primera vez que lo hago! se conoce que no habéis hecho la guerra de partidarios.

— Pero esos vestidos serán muy grandes, objetó Estébana.

— Es posible, veamos.

— Aquí traigo hilo y agujas! exclamó la tabernera con alegría.

— ¡Vamos pronto! ¡á la obra!

Las dos mujeres escogieron prontamente unos calzones y un jubón de terciopelo negro en el guardarropa del caballero, y mientras madama Pluchet, siguiendo las indicaciones de la señora de Barada, se ponía á coser con ardor, ésta se arreglaba su magnífica cabellera

negra, dándole con una habilidad sin igual, la forma y la apariencia de un tocado masculino.

Aquella operación fué violenta, y cuando estuvo acabada, tomó á su vez una aguja y á pesar de lo poco acostumbrada que estaba á aquella tarea, encontró la manera de hacer maravillas en el traje de Artagnan.

Una vez terminado aquello, se despojó de su vestido, y se puso los calzones sin dificultad; después, ayudada por Estébana, quien se maravilló al ver las perfecciones de aquel cuerpo, el más encantador que podía apetecerse, aprisionó sus hombros tersos como el raso y su cintura de diosa en el terciopelo del respunte de su amante.

Fácilmente encontraron un sombrero y una capa: en cuanto á las espadas nunca faltaban en la casa del atrevido gentil hombre: Gabriela escogió la más pequeña, besando el puño con respeto.

Ené á su cofre, llenó una bolsa de oro y contó el resto á madama Pluchet.

—Si muero, emplead en salvarlo, le dijo.

—¡Oh! volveréis, estoy segura.

—¡Volver! dijo Gabriela inclinando la cabeza con duda.

—El os amaré: ¡sois tan bella!

—Pero vos también, querida niña, sois hermosa! . . . dijo madama de Barada estrechando á la tabernera contra su corazón. ¡Ah! ¿dónde vivís?

—En la Cite, en la «Botella de Cro,» madama Pluchet.

Una hora después, Gabriela galopaba por el camino de Burdeos.

XXIV.

Artagnan había vuelto á su calabozo donde debía esperar el resultado de los descubrimientos del interrogatorio de Vijé, y mientras que éste era trasladado á otra parte del castillo donde debería atenderse á sus magulladas piernas, que felizmente no habían sufrido mucho en las «medias del señor de Paris,» la comunicación de los dos calabozos estaba provisionalmente interrumpida.

El teniente del crimen no había dado al gobernador

más que explicaciones muy sumarias acerca de las causas que tenía para reencargar la vigilancia con el caballero; de manera que Besmaux, persuadido de que su antiguo amigo podía muy bien ser un gran culpable no creyó deber apersonarse con el cardenal para hablarle en su favor como lo había ofrecido.

Además, durante la estancia del magistrado en el calabozo de Vijé, reflexionó profundamente sobre ciertos rumores llegados hasta él, y cuyas consecuencias, muy personales, venidas á su memoria con la llegada de M. Tardieu, hicieron que detuvieran al magistrado cuando se retiraba.

—Mi querido M. Tardieu, le dijo, en vuestra calidad de teniente del crimen debéis conocer á casi toda la magistratura de Paris.

—Seguramente, y me atrevo á decirlo, respondió Tardieu enorgulleciéndose, desde el más grande hasta el más pequeño me favorecen con su amistad; no es por envanecerme, pero ese exceso de honor es muy agradable para mí, creedlo, aun que las malas lenguas se atreven á sostener que soy incapaz de un sentimiento dulce.

—Cómo no mostrar una muy grande estimación á un hombre que como vos honra el cuerpo á que pertenece, pero no quiero abusar de vuestros preciosos instantes ¿Canocéis á M. de Barada?

—Sin duda; es uno de los grandes y mejores amigos del señor cardenal, quien acaba de hacerlo consejero de Paris.

—¿Y no considerais, querido señor Tardieu, que un cargo de consejero es preferible . . . al de gobernador de la Bastilla, por ejemplo?

—¿Tendréis acaso el designio de renunciar vuestras funciones, para entrar al parlamento, señor de Besmaux?

—No; yo soy hombre de espada, pero parece que ese señor de Barada no se encuentra satisfecho con su nueva posición y que aspira á mi plaza.

—¡Oh! ¿lo pensais así? . . . ¡Diablo! un cargo de consejero es muy honroso . . . pero en cambio, se dice que vos ganais aquí mucho.

—Esto es cuestionable, dijo Besmaux ruborizándose pero ese M. de Barada

—¡Ah! dijo el teniente del crimen, cuidado; si ese diablo de hombre desea reemplazaros es casi cosa hecha, porque el cardenal no le rehusa nada ahora.

—¡Buena! hizo Besmaux, no echaré en saco roto la advertencia.

—No olvidéis, sobre todo, añadió el magistrado que deberíais guardar con M. de Artagnan el secreto más absoluto.

—¡Ah! el negocio de Artagnan es bien negro, así lo veo! . . . se dijo el gobernador después de la salida de M. Tardien.

Entonces tomó la prudente resolución de no mezclarse hasta no recibir un nuevo informe, en una intriga de que no sabía una jota.

Artagnan, preciso es confesarlo, sentía sinceramente no haber dejado continuar su obra al «Señor de París;» pero no pudo soportar el sufrimiento de su amigo: la idea de que tal vez la señorita Martinózzi sabía ya que estaba en la Bastilla y no se atrevía á exigir su libertad, el temor de encontrarla resignada á casarse con M. de Conti, todo esto, compasión, despecho, celos, lo detuvieron y su primer movimiento le rindió.

Meditaba sobre la incertidumbre de las cosas y de los cálculos humanos, dando al diablo la generosidad y concluyendo por la más hermosa teoría del egoísmo que sería en lo de adelante su regla de conducta; pero una vez extinguido aquel ardor, pensó más maduramente y acabó por decirse que después de todo hubieran sido una cosa horrible dejar sacrificar á un muchacho como Vijé á una loca pasión, condenada é imposible.

La noche estaba ya bien avanzada, y contemplando el agujero abierto por donde había pasado al calabozo de su amigo, el cual resaltaba en blanco sobre la pared ennegrecida de la prisión, se preparaba á echarse sobre el lecho, persuadido de que el Señor daría alguna calma á sus ideas sugiriéndole acaso una línea de conducta que adoptara para el porvenir, cuando oyó un ligero exterior.

Aquel ruido venía de la calaboya.

Es ta muy estrecha por cierto, podía apenas permitir á un hombre deslizar la cabeza admitiendo que fuera

posible salvar su altura que consistía en una pared de diez pies de elevación, formando con el suelo un ángulo agudo.

Artagnan vió de repente destacarse en la obscuridad del cielo un objeto que tenía la forma de una barra. No podía suponerse que se tratara de nuevas precauciones hasta el extremo de condenar aquella tronera inaccesible, sin decirselo antes.

Pero aquel objeto se agitó vivamente y el caballero pudo distinguir que tenía una fuerte aspereza en el centro.

—Es una cuerda de nudos! exclamó; alguno que se evade por sobre mi cabeza! . . . Ah! si yo pudiera apoderarme de esa cuerda y aprovechar la ocasión! . . . dijo dando un brinco á la ventanilla.

De repente la debilitada luz que venía de fuera fué interceptada, y bien pronto un cuerpo pesado cayó sobre el piso del calabozo.

El caballero distinguió perfectamente un hombre extendido á sus piés y la extremidad de la cuerda pendiente en el calabozo.

—Quién sois? . . . preguntó el desconocido que se levantaba gruñendo, y desató de su cintura una linterna sorda que abrió en seguida.

—Chut . . . hizo el recién llegado.

—Sin Par! . . . exclamó Artagnan.

El carcelero llevó la luz al rostro del caballero y pareció quedar satisfecho de su exámen.

—No contabas con encontrarme aquí, miserable!

He oído mucho ruido desde el lugar en que me ocultaba y pensé que vos lo ocasionabáis.

—No te has engañado, soy yo, maldito, y es á tí á quien debo estar encerrado aquí desde hace tanto tiempo

Y diciendo esto, Artagnan se le iba á echar encima con los dedos crispados y amenazantes, con intención de extrangularlo; pero aquel retrocedió, mostrando, como siempre, su pistola montada.

—No te atreverías á hacer fuego, miserable, porque estás perseguido.

—Bah! tendría el tiempo suficiente para salvarme antes que vinieran!

— ¡Te mataré antes! respondió Artagnan echándose encima de él.

— Chut! vengo á salvaros, dijo Sin Par retrocediendo vivamente.

— Ah!

— Creéis que he venido á vuestro calabozo sin objeto? Ved esa cuerda; está sólidamente amarrada á una almena de la torre y es bastante larga para llegar al pié de los muros.

— Pero en el nacimiento de la muralla hay un foso lleno de agua.

— ¿No sabéis nada?

— Perfectamente. Pero tu proyecto oculta un lazo, Sin Par, estoy seguro.

— Voy á probaros que no. Conocéis al hombre que me arrastró á mi perdición y que tan cobardemente se ocultó después de abandonarme: ese hombre, podría jurarlo, se encuentra hoy bien colocado y en una posición brillante, riéndose de los imbéciles que le sirvieron de instrumento. Deseo acabar mis días de otra manera que en una prisión de Estado, donde, aunque con el carácter de carcelero, no por eso dejo de ser lo mismo que un condenado ó un prisionero vulgar. Me enfado aquí: necesito aire, verdadera luz, locas canciones, mujeres fáciles, vino á discreción; cosas todas que generalmente faltan en la Bastilla. Por esto es, que desde hace tiempo resolví procurarme la fuga, creciendo más ese deseo cuando os he visto aquí. Confieso que me conducido mal con vos...

— Al menos es algo, dijo Artagnan levantando los hombros.

— Si, he reflexionado: vos hacéis vuestro deber, y es por la fuerza de las circunstancias el que habéis contribuido á mi desgracia; pero por otra parte, el hombre misterioso, el hombre poderoso, que después de haberme impulsado al crimen se ha retirado cobardemente, á ese no le perdonaré jamás, y he jurado encontrarle un día y hacerle expiar horriblemente mis sufrimientos en una sola vez.

— ¡Bah! si algún día lo encuentro delante de mí, está seguro que saltaré sobre él y le estrangulo.

— Como quieras.

— Pero no me diréis su nombre?

— Te repito que guardo á ese hombre para mí.

— Cómo encontrarle? dijo sin par contrariado.

— Busca y encontrarás.

— Bien sabéis que me es imposible buscar.

— Si, todo eso está bien concebido; pero yo no acepto el negocio.

— El tiempo pasa, señor, la noche avanza, decidíos pronto.

— ¡Oh! queda decidido, amigo mío.

— Qué hacéis?

— Ya que sin duda no quieres cederme la mitad de tu ingenioso medio de salir de aquí yo lo tomo.

Señor caballero, no podéis evadiros de aquí, sin mí, porque no conocéis la casa.

— ¡Ah diablo! dijo Artagnan soltando la cuerda.

— Escuchad, porque bien veo que no sois un hombre capaz de ceder con facilidad, según lo habéis probado, sufriendo tácitamente todas mi impertinencias, de las que me arrepiento de corazón; esta cuerda servirá para la evasión de los dos, pero me haréis un juramento.

— ¿Cuál?

— Ya veis, no renuncio á mi venganza.

— Veamos, hablad.

— Me juráis denunciar al cardenal al hombre de que se trata.

— ¡Ah! eso es otra cosa.

— Dudáis, señor caballero?

— Cierto que sí, hoy tengo mis razones para contentarme con matarlo.

— ¡Ah! si supiera pintar!

— ¿Qué hariais?

— Su retrato, y diría luego al cardenal: «He aquí el hombre del Cours-la-Reina.»

— Eso sería muy ingenioso. Pero... hemos de partir?

— Partamos, dijo.

— Muéstrame el camino, dijo Artagnan.

— He aquí lo que es preciso hacer, contestó Sin Par subiéndolo el primero, saldreis por la ventanilla, subiréis algunos nudos, y yo durante ese tiempo saldré de

aquí, echando el cabo de la cuerda para afuera y de esa manera seré el primero en bajar.

—Y estás seguro de que que la cuerda es tan fuerte que nos resista á los dos?

—Es nueva.

Sin Par se deslizó por ella suavemente, pero cuando Artagnan iba á imitarlo, brillo un relámpago y se oyó un tiro de fusil.

Sin Par dejó escapar un juramento horrible y al salto que dió la cuerda quedó rota del lugar en que la tenía.

Cayó en el foso.

Artagnan quedó suspendido arriba del abismo: había colocado felizmente un pie en el marco de la claraboya y pudo asirse á ella con la idea de esperar el resultado de lo ocurrido.

Vió como resultado de la alarma dada por el centino la, correr lince por todo el castillo llevadas por soldados, y destacarse una barca de un punto de la muralla con dirección á la parte del foso donde cayó Sin Par.

Después sintió que tiraban de la cuerda que no había soltado todavía.

Los que tiraban de ella, suponiendo que fuera otro prisionero que estaba suspendido, lograron arrancársela, de modo que Artagnan, falto de este apoyo, cayó rodando pesadamente sobre el suelo de su calabozo y el golpe le hizo perder los sentidos.

Cuando volvió en sí el fiel Champagne estaba rodeándolo de cuidados.

—Aquí tú, amigo mío?

—Sí, señor, presé como vos.

—Gracias, amigo mío.

—¡Ah, señor, los amigos que os quedan no os dejarán.

—¿Quiénes son?

—Las mujeres,...

XXV

El cardenal envió á sus sobrinas á Pontoise. Las señoritas Mancini y Martinozzi estaban, pues, admirablemente guardadas, la última sobre todo. Una hermosa mañana de Agosto, adelantó una ca-

rraza hacia aquella casa respetable, y cuando iba á torcer por el ángulo de los muros del jardín, dos hombres á caballo desaparecieron por allí á todo correr.

Un joven se apeó y recogió una carta amarrada á una teja, que sin duda había apercibido.

—Acaso conocéis á alguno de los hombres que han huído al acercarnos, señora? preguntó con voz dulce y clara á la dama que había quedado en el carruaje.

—Creo es el príncipe de Saboya.

—¿Qué tendrá inteligencia en la plaza? Si no me engaño, este billete es para él. Leamos.

Y el joven, abriendo sin escrúpulo el billete misterioso, leyó estas palabras: «Alla sera, décima hora, una scala, dei caballo»

—Está en italiano, dijo la dama, y aunque lo sé mal esto significa...

—Esta noche, diez horas una escala, dos caballos.

—Entonces es el príncipe de Saboya.

—Ama á una de las sobrinas del cardenal, y quiere así obligar al tío, si nos aprovechamos de esta faga...

—No, mañana acaso sería tarde.

La carroza continuó su camino y la dama se apeó. La dama tenía la apariencia de una persona de la corte.

Preguntó por la abadesa, y contestó á la hermana que preguntó el nombre que debía anunciar.

—La condesa de Flavimont.

La hermana la introdujo en el oratorio de la abadesa, reducto severo y al mismo tiempo adornado de objetos de devoción y de gran riqueza.

—Sois vos, mi pobre niña, exclamó la abadesa al llegar ante ella la hermosa viuda.

La abadesa había sido la amiga íntima de la madre de la condesa, y á ésta la trató siempre como á una hija consentida.

—Llego de provincia, dijo, y es preciso confesar que fuera de la corte se pierde todo conocimiento de los más simples sucesos que ocurren.

No son las señoritas de Mazarino á quienes he visto al entrar?

—Ellas son en efecto, respondió la abadesa.